

LOS FINES DE LA FILOSOFÍA. UN ANÁLISIS DE *PHILOSOPHY IN THE PRESENT* DE ALAIN BADIOU Y SLAVOJ ŽIŽEK

Rodrigo González Martín
Universidad de Valladolid

Resumen: Hace siete años dos de los filósofos antisistema más brillantes y reconocidos de nuestro tiempo, Alain Badiou y Slavoj Žižek, fueron invitados a Viena para disertar y debatir en torno al papel de la filosofía en el mundo actual. Este artículo analiza los resultados de aquel interesante encuentro, recientemente publicados en inglés bajo el título de Philosophy in the Present. A través de algo más de un centenar de páginas, los dos intelectuales presentan sus ideas sobre el compromiso filosófico y reclaman la necesidad de un pensamiento fuerte que permita delimitar verdades, cargando duramente contra el relativismo, el posmodernismo, el neosofismo y el neokantismo por cuanto favorecen en última instancia la conservación del orden sociopolítico establecido.

En 2004 los filósofos Alain Badiou y Slavoj Žižek fueron invitados a Viena para tomar parte en un debate público a propósito del papel de la filosofía en el mundo actual, su capacidad para intervenir en el presente –sus compromisos y consecuencias a nivel histórico, social y político– y la naturaleza de tal intervención. Las ponencias de uno y de otro, así como el posterior debate entre ambos, fueron publicadas en alemán al año siguiente por la editorial Passagen Verlag en un libro titulado *Philosophie und Aktualität. Ein Streitgespräch* que prologó el editor –y reputado filósofo– alemán Peter Engelmann. La traducción inglesa de la obra no vería la luz hasta finales de 2009 por cuenta de Polity Press¹.

¹ Alain BADIOU & Slavoj Žižek, *Philosophy in the Present*, ed. by Peter Engelmann, trans. by Peter Thomas and Alberto Toscano, Cambridge & Malden, Polity Press, 2009.

Tal y como recuerda Engelmann en el prefacio de la obra, los tiempos en que los grandes filósofos eran escuchados y tenidos en cuenta por la sociedad en general y el mundo de la política en particular quedan lejos. Precisamente por eso resulta interesante plantearse cuál es su rol en una sociedad como la actual, en la que modelos, actores y deportistas parecen haberse consolidado como los nuevos creadores de opinión. Amigos en lo personal, próximos a nivel intelectual e ideológico y mutuamente influenciados en lo que a su pensamiento filosófico se refiere, el francés A. Badiou (Rabat, 1937) y el esloveno S. Žižek (Liubliana, 1949) tratan de arrojar algo de luz sobre este particular a partir de las cualidades específicas del pensamiento filosófico, mostrando una coincidencia prácticamente total acerca de cuáles son las principales formas de compromiso filosófico en el presente que ha de valorarse desde el conocimiento previo de los desencuentros existentes entre ambos autores a propósito de otras cuestiones como la construcción de la filosofía o la organización de los conceptos filosóficos (chocan, por ejemplo, en su noción de acontecimiento o en cuanto a su concepción de lo Real).

A lo largo de sus respectivas conferencias los dos filósofos van a posicionarse en contra del particularismo y del relativismo posmodernos, defendiendo una visión universalista en la línea del materialismo dialéctico (que ambos entienden como filosofía crítica) que por lo tanto se opone también al universalismo liberal contemporáneo. Ni toda posición política es sostenible ni cualquier opinión es válida, y el descrédito del compromiso y de las verdades es peligroso en tanto que abona el terreno para un compromiso futuro de carácter extremista. Por eso Badiou y Žižek avalan la necesidad del pensamiento fuerte en unas ponencias que ponen también de manifiesto dos formas diferentes de hacer filosofía: la del francés, más conceptual, se ocupa sobre todo del análisis de problemas propiamente filosóficos y ontológicos, mientras que la del esloveno, expositivamente más asequible, se centra en los ámbitos político y cultural y está estrechamente relacionada con el psicoanálisis y la crítica cultural.

La primera disertación nos la ofrece Badiou, bajo el epígrafe “Pensando el acontecimiento”. En ella presenta la filosofía como una disciplina cuyo objetivo primordial es la proposición de nuevos problemas. El verdadero filósofo no ha de intervenir continuamente –como hacen los todólogos televisivos– sino sólo cuando encuentra en el presente signos que aconsejan la invención de un nuevo problema. La cuestión es, entonces, en qué condiciones encuentra el filósofo signos que le indiquen que un nuevo problema ha aparecido.

Desarrollando puntos ya conocidos de su filosofía, Badiou pone sobre la mesa el concepto de situación filosófica, aquella capaz de generar o promover pensamiento filosófico. Una situación filosófica, explica a través de varios ejemplos, remite a una falsa relación, a una ruptura, a la existencia de una distancia inconmensurable. Para el filósofo francés estas características sólo están presentes en los ámbitos de la Política, la Ciencia, el Amor y el Arte, a

los que en consecuencia se refiere en su obra como “condiciones de la filosofía”. Es en ellos donde el filósofo puede encontrar las verdades de su tiempo.

Enfrentado a una situación filosófica, los cometidos del filósofo habrán de ser esencialmente tres: clarificar las elecciones fundamentales del pensamiento (mostrarnos que es obligatorio y necesario elegir y desenmascarando qué intereses subyacen a cada una de las elecciones posibles), explicar la distancia existente entre el Pensamiento y el Poder (o lo que es lo mismo, entre la Verdad y el Estado) y subrayar el valor de la excepción, del acontecimiento (que Badiou entiende como una ruptura en el Ser, como aquello que queda fuera de la Ontología). Por lo tanto, para ser capaz de exceder el ámbito meramente académico y tener una utilidad social efectiva, la filosofía debe tratar con la elección, la distancia y la excepción, (que son en fin las consecuencias de una situación filosófica), tratando de explicar en cada caso los vínculos existentes entre ellas. Si aceptamos que la verdadera vida está presente en estas cuestiones la filosofía servirá para cambiar nuestra existencia y podrá enseñarnos a ser la excepción, a mantener la distancia con el Poder y a aceptar las consecuencias de una decisión.

Si aplicamos las directrices apuntadas al presente y, concretamente, al ámbito de la política, resulta evidente que la filosofía nada tiene que decir acerca, por ejemplo, de unas elecciones. Éstas no constituyen una situación filosófica: son norma en lugar de ruptura, institución en lugar de excepción y no conllevan una decisión entre opciones verdaderamente alternativas sino entre pequeños matices. Un acontecimiento como la guerra de Irak, en cambio (nos dirá Badiou), sí es susceptible de ser pensado filosóficamente: obliga a elegir (o se está a favor o en contra), la distancia inconmensurable entre Irak y EE. UU. hace imposible la comparación (precisamente para que la población creyese posible esa comparación, apunta Badiou, se inventó la existencia de armas de destrucción masiva), revela una distancia entre el pueblo y el Poder (patente en las multitudinarias manifestaciones), etc.

Aunque la filosofía puede, evidentemente, formular problemas a partir de la Política, conviene no perder de vista que filosofía y política son dos cosas absolutamente diferentes. Mientras la primera pretende proponer nuevos problemas para todo el mundo, la política persigue la transformación de situaciones colectivas. En esta línea el compromiso filosófico aparece desligado del político, asentado en criterios propiamente filosóficos y en el marco de una situación filosófica, caracterizado por obligar a la elección en el pensamiento, por poner en escena excepciones y por crear distancias especialmente con las formas de poder. Es además internamente extranjero, no es nunca un lugar común. Y esa extranjería descansa ni más ni menos que en la convicción de que existen proposiciones universales, dirigidas a toda la humanidad sin excepción. El filósofo se compromete a sí mismo con respecto a una situación paradójica en nombre de principios universales, de suerte que el compromiso filosófico va a necesitar una teoría de la universalidad que lo complemente.

Así las cosas, Badiou dedica la última parte de su ponencia a explicar su idea de lo universal a través de ocho tesis –previamente publicadas en su obra *Theoretical Writings* (Continuum, 2004)– que vienen a condensar en algo más de veinte páginas buena parte de sus ideas filosóficas y constituyen sin duda la parte más conceptual y compleja de todo el libro. Para el filósofo francés lo universal es en primer lugar subjetivo, sólo puede ser experimentado por un sujeto a través de la producción o de la reproducción de una trayectoria de pensamiento. La dialéctica que se establece entre el sujeto y un procedimiento infinito es pensamiento en sí misma y conforma lo universal. Además, nos dirá en sus segunda tesis, todo lo universal es una singularidad (no es susceptible de una descripción predicativa) y en ningún caso una regularización de lo particular o de las diferencias (entendiendo que lo particular sí puede ser discernido por el conocimiento mediante predicados descriptivos). Una tercera característica de lo universal es que se origina en un acontecimiento, de suerte que por ejemplo la universalidad política dependerá del régimen de fidelidad mantenido no hacia una doctrina concreta sino hacia un proceso de cambio iniciado en un momento histórico determinado.

Inicialmente –prosigue Badiou–, todo universal se presenta a sí mismo como una decisión sobre lo indecible (cuarta tesis). Existen cuestiones, enunciados, configuraciones, etc. cuyo valor es incierto, que no son decidibles en términos enciclopédicos (entendiendo por Enciclopedia el sistema general de conocimiento predicativo interno a una situación), siendo el acontecimiento precisamente aquello que decide en una zona de indecidibilidad enciclopédica. La entidad del acontecimiento consiste precisamente en desaparecer, lo cual implica que algo indecible ha sido decidido y aporta la base para el proceso subjetivador cuya característica principal es lo universal. Al ser abolido, el acontecimiento deja tras de sí un enunciado que anuncia que algo decible ha sido decidido o que algo que no tenía valor ahora lo tiene. Ese enunciado del acontecimiento constituye la materialidad inaugural para toda singularidad universal, de modo que revelar lo universal requiere extraer todas sus consecuencias.

La quinta tesis incide en la estructura implicativa de lo universal. Todo procedimiento universalizador es implicativo y verifica las consecuencias que siguen desde el enunciado del acontecimiento al cual el acontecimiento que desaparece está ligado. Si el protocolo de subjetivación se inicia bajo la égida de este enunciado se convierte en capaz de inventar y establecer un conjunto de consecuencias universales reconocibles. Además, continúa el filósofo francés en la sexta tesis, lo universal es unívoco. Dentro de una situación dada el enunciado del acontecimiento existe como una de las multiplicidades de las que está compuesta la situación y tiene una valencia indeterminada. A través del acontecimiento este enunciado queda decidido como verdadero y adquiere valor. Así pues el enunciado del acontecimiento está ligado en forma implicativa con el acto de la desaparición del acontecimiento en sí mismo y el registro de ese acto que modifica la valencia de uno de los componentes de la situación es unívoco. Este acto inicial unívoco por el cual

un objeto de reflexión se inmoviliza –al que Badiou denomina “singularidad universal”– inaugura una fidelidad, esto es, una invención de consecuencias tan infinita como la situación en sí misma.

La séptima tesis asegura que toda singularidad universal permanece incompleta o abierta. La localización de una singularidad universal está ligada al infinito propio del pensamiento. Por último, la octava tesis refiere que la universalidad no es más que la construcción leal de un infinito genérico múltiple, entendiendo lo múltiple tal que ser uno de sus elementos no puede resultar de tener una identidad o poseer una propiedad particular.

Lo universal, en fin, inicia su procedimiento en el acto unívoco a través del cual se decide la valencia de lo que no tenía valencia y se une a ese acto como un sujeto-pensamiento que debiendo lealtad al acontecimiento del universal inventará consecuencias para él. Para Badiou una Verdad es particular en su construcción y universal en sus efectos lejos del contexto en el que fue producida.

“La filosofía no es un diálogo” es el sugerente –y contundente– título de la conferencia de Slavoj Žižek que conforma la segunda parte del libro que nos ocupa. En una ponencia menos conceptual que la de Badiou y más desordenada desde el punto de vista expositivo, el esloveno salta constantemente de un tema a otro con la intención de llamar la atención de sus interlocutores e incitarles a reflexionar sobre diversas cuestiones clave.

Žižek empieza declarando que la filosofía es axiomática, que no existe ni un solo ejemplo de diálogo filosófico completo, para introducirse rápidamente en el tema central del papel del filósofo en el mundo actual. Para él el filósofo tiene hoy, en primer lugar y por encima de cualquier otra cosa, la obligación de cambiar los conceptos mismos de los debates que se plantean en la esfera pública. En última instancia, se trata de denunciar que a menudo las alternativas que se nos ofrecen son falsas (así por ejemplo en el debate sobre la pérdida de libertad a cambio de ganancias en seguridad), rompiendo con la bipolarización de los debates filosóficos actuales en torno a las filosofías conservadora y posmoderna. Así en el debate sobre la realidad virtual, cuando se encuentra con una corriente en contra (la conservadora) que clama por la recuperación de las experiencias “auténticas” y otra a favor (la posmoderna), el filósofo tendrá que cambiar los términos del debate, sus conceptos, y plantear que el problema no es la realidad virtual sino la realidad de lo virtual (es decir, el problema es que lo virtual es el efecto real de lo Real). Con otro de los temas de moda, el hedonismo, pasaría lo mismo. Frente a la idea posmoderna de que toda actitud moral prefijada incorpora un acto de violencia y que por tanto hemos de ser flexibles y la conservadora que pide valores y modelos de relación fijos como referencia, el filósofo debería cambiar los conceptos del debate señalando la dificultad que existe para hablar de hedonismo en una sociedad consumista como la actual, que se caracteriza precisamente por prohibir de forma radical el disfrute inmediato mediante –por ejemplo– la instauración de una dura disciplina corporal. Otro tema de refle-

xión estrella, convertido ya en cliché, es el de que hemos dejado de creer, siendo aquí necesario apuntar que aunque algunos filósofos sigan agobiándonos con falsas respuestas al respecto (por ejemplo, los pseudofilósofos del movimiento New Age) el verdadero problema no es que hoy se crea menos sino todo lo contrario, que creemos más que nunca. Otro debate que pone de manifiesto la necesidad imperiosa de cambiar los conceptos y ofrecer alternativas es el que atañe a la explicación del totalitarismo. Deben superarse respuestas como la de Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, donde hacen derivar el totalitarismo del proyecto moderno de emancipación esquivando el problema real y evitándonos pensar, o lo que Žižek considera una nueva versión de esta teoría, las tesis posmodernas que “prohíben” analizar fenómenos como el Holocausto limitándose a decir que pueden contemplarse pero no explicarse o que una explicación sería una traición a las víctimas.

Žižek plantea que en el corazón de todas estas concepciones existe un conformismo continuista, la idea de que hemos de conformarnos con nuestro mundo imperfecto porque cualquier alternativa radical acabaría llevándonos de nuevo al Gulag. Así, nos previene contra la apertura hacia la otredad radical propuesta por los posmodernos –que es en realidad una advertencia contra el cambio radical– y contra la existencia de un tipo de neokantismo que representa una suerte de filosofía estatal dentro de la sociedad capitalista actual. Este neokantismo se caracterizaría por avalar los avances científico-tecnológicos a la vez que obstruye sus consecuencias radicales a nivel ético y social, y habría tomado fuerza a raíz de la crisis moral provocada por el desarrollo de la Ingeniería Genética. Autores como Habermas han venido tratando de impedir las consecuencias filosóficas, éticas, sociales y simbólicas del progreso científico, previniendo a la sociedad sobre la posibilidad de dañar la esencia de lo humano si se lleva la ciencia demasiado lejos. La clave de estos argumentos está en la interpretación errónea e interesada de la naturaleza y la dignidad humanas como conceptos fijos y cerrados, negando la posibilidad de que se produzcan cambios fundamentales que lleven a redefinirlos.

Además de criticar el neosofismo posmoderno y el neokantismo, Žižek carga contra la moralización de la filosofía de cara al exterior, esto es, contra la necesidad que parecen tener muchos filósofos actuales de hacer alarde público de su preocupación por el sufrimiento y las injusticias de nuestro mundo. El filósofo, nos dice, debería centrarse en lo que es inherente a la filosofía, asumiendo eso sí que ésta raramente juega un rol normal en el sentido de ser meramente filosofía, que es la anormalidad por excelencia. Declarándose en total sintonía con lo expresado por Badiou, Žižek afirma también que la filosofía es excesiva y sólo existe a través de la conexión con condiciones externas de naturaleza amorosa, política, científica o artística. A mayores, sitúa la extranjería referida por el francés como el punto cero de la filosofía, considerando que para ser filósofo es necesario asumir un lugar de desplazamiento.

La intervención del filósofo y psicoanalista esloveno termina recordando que Kant ya señaló que los intelectuales debían defender la posibilidad de participar inmediatamente en lo universal, más allá de identificaciones particulares. Este mensaje fundamental de la filosofía se opone a la clásica idea conservadora que postula que sólo se puede ser verdaderamente humano a través de la total identificación con las raíces propias. Señalando a Kant como padre de este planteamiento, Žižek pone en evidencia la distancia existente entre la filosofía propiamente kantiana y la neokantiana y remarca que el demérito de la segunda no es extensible a la primera (un juicio éste con el que Badiou coincidirá plenamente).

La tercera y última parte del libro recoge el debate entre Žižek y Badiou que siguió a las conferencias de ambos. El enorme grado de afinidad existente entre estos dos intelectuales a la hora de valorar el papel de la filosofía y de los filósofos en el mundo contemporáneo va a marcar el tono de esta última parte de sus intervenciones haciendo que nos encontremos no tanto con un auténtico debate (entendido como controversia) como con una suerte de ponencia conjunta en la que cada uno va a ir aportando nuevas ideas y conceptos que profundizan en lo señalado por el otro.

Inicialmente ambos fijan su atención en la puesta en valor de lo inhumano como objeto último de la filosofía, incidiendo en algunas cuestiones planteadas previamente por Žižek en la parte final de su conferencia. En las nuevas verdades, en los nuevos problemas que preocupan al filósofo, hay algo que no puede reducirse a ninguna idea preconcebida de la naturaleza humana. Lo que hoy entendemos como “humano” –nos dirá Badiou siguiendo a Foucault– responde a una construcción teórica que tiene un principio y tendrá un final. Ambos entienden lo inhumano no en contraposición con lo humano sino como una dimensión excesiva de lo humano en sí mismo, como un espacio de redefinición del propio concepto de lo humano, a tal punto que para Žižek lo no humano es necesario para ser humano en un sentido universal y de una forma inmediata. Si la filosofía no se preocupa de lo inhumano su función quedará limitada a conservar y consolidar el modelo de “humanidad” establecido, un modelo que potencia el individualismo y se olvida de la capacidad del hombre para crear universales.

Un segundo tema central de la conversación gira en torno a la frecuente equiparación de la filosofía con la crítica, con la denuncia de lo falso y de lo inaceptable. Detrás de esta forma de entender la filosofía, denuncian Žižek y Badiou, se esconden planteamientos conservadores: el filósofo revela los males del mundo y ofrece remedios para volver al orden normal de las cosas. Esta concepción de la filosofía como crítica, nos advierten, se va a presentar a menudo de forma paradójica e incoherente. Así sucede –dice Žižek– con la Escuela de Frankfurt, en cuyos miembros ha venido conviviendo la denuncia teórica de una sociedad occidental controladora donde todo es objeto de manipulación con la determinación constante de bloquear toda alternativa planteada a este mismo orden social. Otra versión de esta misma paradoja,

más interesante si cabe, sería como señala Badiou la coexistencia en buena parte de los intelectuales contemporáneos de una actitud crítica hacia el modelo económico capitalista con una defensa a ultranza de la democracia parlamentaria. Ambos filósofos aprecian aquí un error de partida en la identificación del verdadero problema filosófico, que no es la crítica a los excesos del capitalismo –aceptada por casi todo el mundo– sino la crítica a la forma en que se presenta actualmente la democracia. Para Žižek la democracia actual es una forma de ocultar las decisiones de unos pocos bajo el supuesto apoyo de muchos y nos obliga a aceptar reglas e injusticias en nombre del mantenimiento del orden. Además, el modelo capitalista global excluye estructuralmente la posibilidad de democratizar las decisiones económicas, como ya señalasen Hardt y Negri en *Imperio* –libro por lo demás con el que el esloveno se ha mostrado muy crítico–.

Frente a estas concepciones de la filosofía como negación y crítica, Badiou y Žižek defienden que la esencia de la intervención filosófica es positiva, ya que enfrentado a una situación paradójica el filósofo se ve obligado a proponer un nuevo marco de pensamiento, a decir que es posible pensar esa paradoja abandonando ciertos parámetros e introduciendo determinadas novedades. Por eso cuando se trata de analizar el sistema político occidental apuestan por una proposición positiva de la democracia como algo más que un consenso sobre el parlamentarismo.

A mayores, a lo largo del debate irán apareciendo sendas críticas a los planteamientos particularistas y relativistas, que mediante la ética de mantener un espacio abierto para que cualquiera cuente su historia (así lo pide, por ejemplo, Rorty) niegan la posibilidad de toda preocupación seria por la verdad, impidiendo la existencia de una opción radical y clara.

Cierran el libro dos preguntas dirigidas a Badiou por personas del público que no aportan en realidad nada nuevo a lo señalado durante las conferencias y el debate subsiguiente.

En definitiva, *Philosophy in the Present* es un libro fantástico para quien quiera introducirse en el pensamiento de dos de los filósofos actuales más mediáticos, controvertidos y menos academicistas. Constituye al mismo tiempo una invitación al pensamiento crítico y a la filosofía misma. Una filosofía que tanto para Badiou como para Žižek define universales y debe intervenir en los debates contemporáneos para cambiar sus propios presupuestos, delimitando cuáles son las preguntas de fondo que subyacen a los mismos y desenmascarando las falsas alternativas que se nos ofrecen. Pero también una filosofía con límites claros en lo referente a su alcance y autoridad.